POESÍA, EPITAFIOS Y RELIGIÓN EN LOS CEMENTERIOS DEL BAJO ALMANZORA

FRANCISCO HENARES DÍAZ
Investigador

Los cementerios del Levante almeriense son sencillos. A veces, muy sencillos. Sólo en contadas ocasiones (Vera, Cuevas, Huércal-Overa) las diferencias acechan. Sin embargo, para lo que aquí estudio, todos siguen pautas similares. En Cuevas encontramos más inscripciones funerarias que en todo otro lugar, y existirían más de no haber desaparecido lápidas antiguas que fueron tiradas a un hondón, y soterradas luego con los movimientos de tierra habidos. Una pena. Cierto también que a veces nos sorprende un camposanto pequeño por lo que allí se ha escrito en las tumbas. Depende siempre de cada familia, fuere en el sitio que fuere.

Por otro lado, nuestros cementerios vienen a resultar como una foto de los vivos, es decir, la ciudad de los muertos se copia de la ciudad de los vivos, hasta en una especie de urbanismo y *valor del suelo*. Existe una Calle Mayor de gentes importantes, y calles adyacentes de una clase media, y en fin, sitios más alejados que asemejan barrios. Igualmente, existen enterramientos humildes, y enterramientos pomposos, aun en la arquitectura. Existe la tierra, fosas en tierras (a punto de desaparecer) que indican su origen humilde (de latín *humus*, tierra, lugar de condición baja). En definitiva, el adagio aquel latino de *«qualis vita finis ita»* (*cual la vida, así la muerte*) se cumple ahora en una historia de urbanismo funerario, pleno de economía por un lado y de agasajo del corazón por otro. Todo un entramado, como se ve, todo un *texto*, con muchos hilos que tejer. Las familias pudientes —sobre todo en Cuevas— ocupan el Paseo Central del cementerio, que es de mérito. Los nichos se van luego alejando, y hay una sección (o había cuando yo lo vi hace muy pocos años) en franco deterioro de nichos. La calle central procede en buena parte de la burguesía del siglo XIX y primera mitad del XX. La escala social se alza desde el mausoleo (grado más alto) hasta el panteón, y en fin, la fosa en tierra. Los nichos, más socializantes, se han ido abriendo paso, conforme avanzaba el siglo XX. Todavía nos es dado ver (pero poco) la forma antigua, es decir, la fosa en tierra, que queda hoy como un caballón huertano, una reliquia con lirios silvestres, cruces de hierro, pequeñas verjas, matas y matojos. El imperio del espacio breve ha impuesto nuevas formas de enterrar. He ahí los nichos.

Y, en fin, también el cementerio es el libro abierto de la memoria, de las mentalidades de antaño y hogaño. Hacen bien las gentes, la Iglesia y los Ayuntamientos en cuidar esta parcela. Porque lejos del repeluz de la muerte, lo que por aquí se advierte es paz, silencio, dolor reunido y pervivencia de la resurrección que Cristo nos trajo. La gente no sólo se muere, la gente pervive, es recordada. Lo que indica que está resurrecta de muchos modos. Se recoge así una tradición de variadas religiones y con milenios de cultura en todo el mundo. La cristiana ha cultivado con esplendor el fallecimiento, desde los primeros siglos. Recomiendo una elemental bibliografía[1].

Ante una experiencia semejante, las reflexiones advienen desde muchos puntos de vista: desde la historia de las mentalidades, desde la antropología, la etnografía, el arte[2], o desde la sociología y economía.

[1] Véase LECLERQ, H.: «Epitaphe» en *Dictionnaire d'Archeologie Chretienne et de liturgie*.- Paris: Ed. Letouzie et ané, 1920, t. IV, pp. 242-246; LECLERQ, H.: «Defunt (Commemoraison des)», en ibidem, pp. 428-456; BOURGEOIS, H.: «Purgatoire» en *Catholicisme hier, aujoud'hui, demain* (Dir. G. Jacquemet).- Paris: Ed. Letouzey et ané, 1948, t. XII, pp. 304-313; DAVID-DANIEL, M. L.: «Pourgatorie (Iconographie)», en ibidem, p. 314.

[2] Lo grave del caso es que tema tan pluridisciplinar sólo reciba atención cuando el cementerio es monumental (caso de La Habana, Génova, o Cartagena, por citar unos ejemplos distantes en geografía y en importancia). Las líneas siempre se le dedican a esa arquitectura y escultura destacable y rica, pero mucho menos a otros aspectos. Resucitarlos sería acción meritoria de investigación. Me refiero en especial al último tercio del siglo XIX y todo el siglo XX y XXI.

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 1

Y, por supuesto, desde la fe cristiana (católica aquí en su mayoría, si bien los años futuros nos irán deparando otros parámetros).

Lo que queda del día, ante la muerte, es señalar siempre la fecha del deceso, y al canto, algún elogio, un pensamiento, una frase de más vuelo, una plegaria, o unos versos. En suma, alabanzas donde el corazón se sale por la boca. He ahí nuestra pregunta: ¿qué lleva a estas personas del Bajo Almanzora a expresar sus sentimientos en una estrofa, en un pensamiento, en una literatura sencilla, con frecuencia macarrónica, pero plena de sentido y de sentimiento? Se trata de la expresión de un pueblo, de un modo de vivir hasta la muerte. Conviene no olvidarlo como idiosincrasia, porque los libros recogen poco esta vida cotidiana, tan sin relumbrón.

Lápida con epitafio en el cementerio de Mojácar. (Foto Federico Moldenhauer)

Ese talante, esa *larga duración*, propia de estas mentalidades, es la que lleva en el año 601 de nuestra era a colocar, en latín, varias loas en la lápida de un anciano difunto, un hombre de negocios, que practicaba la limosna y la oración, y apunta allí esto otro: *«que visitaba asiduamente las sepulturas de los santos»* (o sea, de los fieles difuntos)[3]. La muerte, por tanto, espejea actitudes de la vida, reproduce sentimientos habidos para con el difunto, y reproduce cómo su familia es, o algunos de ella, al menos. No todos, efectivamente, somos iguales en nuestras manifestaciones. Para algunos celebrar la muerte representa algo fútil y trasnochado. Para otros, significa tanto, que bien pueden los Ayuntamientos tener los cementerios como una tacita de plata, porque de lo contrario le cuestan votos a porrillo en las próximas elecciones. Con los muertos no se juega, piensa el pueblo llano.

Quiero recordar que una exposición en Macael supo aprovechar el servicio prestado por el mármol a esa faceta, y expuso algunas lápidas funerarias antiguas. Para Cartagena, véase la tesis de F. Javier PÉREZ ROJAS: *Cartagena 1874-1936 (Transformación urbana y arquitectura)*. Editora Regional de Murcia 1986. Dedica páginas y fotos a artistas, arquitectos y familias de renombre en la ciudad. Referidos, en su mayoría, al cementerio de los Remedios, el principal de la ciudad portuaria.

[3] Cfr. LECLERQ, H.: «Epitaphe», op. cit., p. 242.

I. LAS INSCRIPCIONES FUNERARIAS

Debe ser esto de fijarse en los textos lapidarios tan insólito, que hace dos o tres años, en el tiempo que dediqué a ellas por estos pagos, me ocurrió la siguiente anécdota en el cementerio de Vera: me hallaba yo tomando notas en el bloc, cuando se me acercan dos mujeres. Va y me espeta una de ellas:

- *Oiga, aunque esté feo el preguntar: ¿qué va usted apuntando de las tumbas?*

Y yo:

- *Alguna poesía, algún texto que me choque, alguna frase que me diga algo.*

¡Santa palabra! Me ayudaron las dos a rebuscar textos que yo no conocía, o se me habían pasado, porque se sabían el cementerio al dedillo.

Y es que se ponen inscripciones en las tumbas por cantidad de razones: por amor, sentimiento, porque vean cuán bien llorado ha sido ese difunto, por recordatorio perenne, porque las generaciones de familiares que vienen detrás tengan su raíz, porque lo que uno vive (fe y obras) se trasluzca, y porque la fe en la inmortalidad es antídoto contra el olvido. La suma alienación es el olvido. *Era tan pobre, tan pobre que no tenía quien lo recordara*, sería una maldición, como esa otra que da escalofrío sólo oírla, cuando se amenaza así: *«No vas a tener quien te llore cuando te mueras»*. Se recuerda lo que se llora y ama. Lo demás son zarandajas.

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 2

Lo primero que conviene advertir cuando uno va tomando nota es la diversidad de estilos, de calidad literaria, de modos de expresarse ante el difunto. Quiero decir, a la vez, la diversidad de géneros literarios. Vemos la frase escueta (algunas son ya tópicos), la de cariño sin más, las extensas, las de un solo pensamiento, las de diálogo, evidenciando que te oyen, las de apóstrofes cordiales, etc. Si tal cosa puede diferenciarlas, la actitud de consuelo, no. Es curioso cómo persiste la poesía en el pueblo sencillo (en la canción hoy, por ejemplo), precisamente cuando la poesía es el género literario de más baja venta en librerías. La poesía, a la par, puede ir desde unos versos copiados de algún poeta de la zona a algún trovo; o desde un poema ramplón en calidad, pero lleno de regusto porque haya rima, hasta una frase con intención y buen tono. Poca de esta literatura es estudiada, pero socialmente significa mucho acerca de los gustos del pueblo.

II. EL CEMENTERIO DE CUEVAS DEL ALMANZORA

Nos encontramos ahí con versos esculpidos, que son del poeta Grano de Oro, a diferencia de otras geografías (la de Cartagena y su Campo, verbigracia) donde versos copiados de un autor son raros, o en todo caso son de algún trovero, puestos en la tumba por alguno de sus familiares[4], Lo de Cuevas indica dos cosas, por de pronto: el prestigio que da el poeta, por un lado; y el pudor de no poner algo impropio, por miedo a no ser certero.

En 1956 en la tumba de Juan García escribieron: *«Su esposa e hijos le piden a Dios desde este triste suelo/ que le dé gloria en el cielo y él ruegue por nos»*. Lapidaria es la inscripción que, junto a tallas en madera con ángeles y ramos, se coloca en Antonio (muerto en 1975). Una cartela, que dice tan sólo: *«Dios es nuestro consuelo»*.

La calle central de este cementerio es la más solemne de todo el Bajo Almanzora. Poder económico, coyuntura de explotación de minas, prestigio social, crecimiento poblacional de tiempos pasados, deja aquí su huella. Vemos familias, panteones, obelisco en mármol, coronamiento, jarrón lucido... González Grano de Oro. En la lápida de Pedro Flores se nos consignan

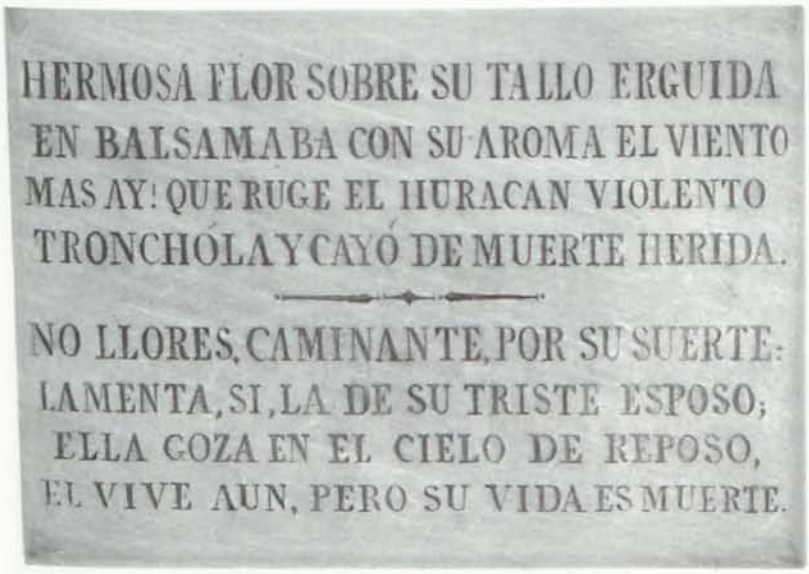
Calle central del cementerio de Cuevas del Almanzora. (Foto Federico Moldenhauer)

enterramientos, de 1813 a 1842, quizás de los más antiguos de la zona. Un difunto (1885-1944) mantiene para todos esta profesión de fe cristiana, tocada de una muy atildada escatología: *«El Agua y el Espíritu les hizo vivir con fe y amor. Por eso esperaron que el Padre, rico en misericordia les resucite con el Señor Jesús en la Pascua»*. En Mercedes, farmacéutica, se ha creado una estructura arquitectónica a modo de catafalco, cuyo trazo contemplamos en otros sitios. Así, pueden colocarse en los distintos lados cartelas. Por ejemplo: *«Aunque ya no estés aquí no debemos afligirnos, pues tu grandeza vive en nuestra memoria»*. En mausoleo hermoso mucho (es patio con cuatro columnas) se escribe: *«Dios reparte los destinos, la bentura* (sic) *y la desgracia. Gloria a Dios en las alturas»*. Notemos el tono de resignación y el arrastre de una teología antigua en la que Dios *reparte desgracias* (no nosotros, sino Dios), y sin embargo, se dan gracias a Dios. Una mentalidad que choca hoy a no pocos.

Vemos una urna coronada con una paloma en bronce. Dice lo suficiente para imaginar el drama

[4] Véase HENARES, Francisco: «Un ritual del luto: epitafios, trovos, poemas en las lápidas de cementerios rurales del Campo de Cartagena», en *Revista Murciana de Antropología* (Universidad de Murcia), 11 (2004), pp. 209-224.

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 3



Sentido epitafio que manifiesta el dramático homenaje del marido a su esposa difunta prematuramente. Cementerio de Cuevas del Almanzora. (Foto Federico Moldenhauer)

familiar vivido (en época romántica): *«Aquí yace Dª Angustias Fernández Albarracín, falleció el día 4 de marzo de 1843 a los 17 años y medio. Su esposo D. Miguel Flores Cánovas dedica este monumento a su memoria»*. Por detrás, en la otra cara, figura este poema: *«Hermosa flor sobre su tallo erguida/ embalsamaba con su aroma el viento./ Mas ay, que ruge el huracán violento./ Tronchóla y cayó de muerte herida./ No llores, caminante, por sus suerte./ Lamenta, sí, la de su triste esposo; /ella goza en el cielo de reposo/ él vive aún, pero su vida es muerte»*. Presenciamos, pues, un entramado constructivo al que se ayunta literatura de cierta calidad, y testimonio efectivo del drama. No siempre ocurre tan explícito.

En esa misma calle, contemplamos el homenaje a la mujer del conocido poeta Sotomayor (tumba de 1938). Ostenta en losa esculpida un fragmento del poeta, extraído de su obra *Isabel*: *«Nombre bendito de la buena esposa/ inspiradora de mis versos./ Nombre del santo libro de una promesa/ que no quise morirme sin ver cumplida/ dejando nuestra historia de amor impresa/ para que en los carbones de su pareja/ se eternice la brasa de nuestra vida»*. He ahí que hasta en lápida podemos ver intenciones literarias de un autor. Del mismo Sotomayor aparecen versos en la tumba de A. Alarcón (1989): *«Trátame con brazo fuerte/ para anunciar mi partida/ que no tiene miedo a verte/ el que espera en buena muerte/ resurgir a mejor vida»*.

Desde otros puntos de vista, una lápida puede servirnos de noticia que necesitaríamos verificar en hemerotecas de antaño (a veces de difícil consulta, por cierto). En 1927 muere el Hermano Diego María (Escuelas Cristianas). Se nos dice ahí que fue el primer director del Colegio de Nuestra Señora del Carmen (en el antiguo convento de San Francisco, suponemos).

Los contrastes sociales son evidentes en un camposanto con historia como éste. No lejos de la calle central se hallaban calles con nichos pobres, viejísimos, cuyas fechas iban del siglo XIX al XX. Se une tal contraste al que se observa entre épocas en lo tocante a más o menos literatura de la que estudiamos. Es significativo (tradición que media) la mayor abundancia en las tumbas antiguas, en mausoleos y panteones. Uno que llama la atención, por el regusto barroco que reparte, es propiedad de Nicolás Calcián. Se trata de un jeroglífico, cual adivinanza, en donde haya que exprimir el ingenio. Dice: *«Con asunción me han crismado/ hija de ángel y de catalina./ Tú que lees examina/ de Tejedor y Calcián apellidado/ y en este intervalo dado/ 44 veces he contado el astro que nos ilumina/ 15 en el noviembre y 19 en el que fina/ del año que me han marcado/ en este panteón triste y elado* (sic)».

De 1860, en el panteón de Andrés Fernández, son estos versos con su inconfundible tono romántico. *«Como el fuerte huracán troncha la flor/ que al verde tallo se miró atenida,/ así la enfermedad cortó el calor/ que daba impulso a tu robusta vida./ Hoy que te ves al pie del redentor/ do marca el alma pura y elegida/ alcanza para todos el consuelo/ de cantar el hosanna allá en el cielo»*.

Una persona, nacida en el pueblo y conocida con cargos políticos durante el franquismo (fue Gobernador de Murcia) yace aquí (1929-1991): Antonio Luis Soler Bans. Un pareado, aludiendo a la Divina Providencia, nos guía: *«El Dios omnipotente uno y trino/ formó al hombre, le marcó el destino»*.

III. VERA

En este cementerio abundan también las inscripciones funerarias. Como pueblo antiguo que es, existen mausoleos de mérito, aunque sean los omnipresentes nichos los protagonistas constructivos. La iglesia es de 1897, y pudo ser antes enterramiento de la familia Anglada. Modalidad que se repite en

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 4

más de un cementerio. No faltan por aquí panteones de postín, de los años 20 del pasado siglo. Existe monumento a los «mártires» de nuestra Guerra Civil (1936-1939). Más de una docena de caídos, entre ellos un sacerdote. El Barroco se expande en otro monumento funerario, ya bastante arruinado (Dolores Ruiz, 1887). Sus esculturas representan a unas mujeres, con manto de luto. Lloran ellas ante un catafalco.

Hay, como siempre, familias que necesitan soltar versos, como el que echa al vuelo palomas de fiesta y dolor, del mismo modo que otros necesitamos respirar. La familia Fernández-Ridad es una buena muestra, pero constituye también una clara excepción por la abundancia y sencillez. Valga este poema, entre varios: *«Aire que besas mi boca: /si todo lo puedes besar/ dale un beso a mi hermano/ que yo no se lo puedo dar»*.

Se hace frecuente esculpir o grabar en un libro de mármol. Se ha convertido éste en vehículo para las expresiones. Lo vemos encima de lápidas y en fosas, y a veces en los mismos nichos, a pesar de la estrechez de éstos. En Vera, con Juan Antonio (31 años, en el 2001) tenemos un caso entre cientos: *«Si el verte me da la vida/ y el no verte me da la muerte/ prefiero morir antes de yo perderte»*.

Casi sobra decir que la muerte joven atenaza más que la de un adulto. No hay lógica donde sobran emociones, ciertamente. En Vera podemos observar —de 1913— jóvenes de una misma familia: los Herrero. Uno fallece a los 19, y otro a los 13. Drama familiar. Casos de jóvenes ocurren en otra parte: Ana Rosa, (1987-2002) recibe un poema de un primo suyo, y otro de su madre: *«De las noches que habitamos/ dudamos silenciosos momentos./ Nos dejamos envolver por la luna/ fuente de vacíos y recuerdos./ Pero de noche hay suaves estrellas,/ gotas de rocío besan la tierra/. De noche nace el pan y siembra sueños. / De noche tú brillarás en nuestro cielo»*. Es enternecedor, sin embargo, pararse ante la tumba de Federico (en 2001). Han titulado el poema cariñosamente: «para el mejor abuelo y padre». Reza así. *«Cuando naciste, nació la ilusión/ la alegría y la bondad/. Sólo hubo un error: /que naciste para sufrir/. Pero por eso echaste valor/ y alegrabas a todo aquel/ que estuviera a tu alrededor»*.

Apunto esta otra brevedad que dice: *«Descansa ahora que puedes y esperamos»*.

El cementerio de Vera es uno de los mejor cuidados de la zona. Amplia calle central, parterres,

Calle central del cementerio de Vera. (Foto Federico Moldenhauer)

limpieza. Choca ver algunas innovaciones de enterramientos, es decir, varios nichos formando un rectángulo de arriba abajo, dando lugar a una propiedad familiar como variación del panteón. La idea de estar juntos, aun cuando la muerte nos separe, es la que vuelve a ser esencial. Un tema muy querido de la religiosidad popular.

En una de mis visitas a este cementerio me encuentro con unos versos a la memoria de Juan Ángel, muerto a los 31 años. Se los puso su esposa. Pero he coincidido esta vez con sus familiares, y una mujer de entre ellos me explica que ella vio poner versos a una tía suya, y ahora a ella le gusta hacer lo propio, además de que le gusta leer lo que se escribe en las lápidas y nichos. Ya somos más de uno, me digo yo.

A María Lucía (en 1999) le eligen una perícopa de Hech. 24, 15. El texto de San Lucas recibe aquí una traducción menos usual entre nosotros: *«Y tengo esperanza en cuanto a Dios de que va ha* (sic) *haber Resurrección así de justos como injustos»*.

Por otra parte, observar lápidas antiguas abandonadas, estremece un tantico: por cómo pasa

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 5

el tiempo, por cómo pasan los parientes, por el posible olvido, por la incuria de no conservar nada. En una lápida de Cartagena (de 1861), abandonada en el suelo, como en tierra de nadie, encontré una décima o espinela, de floja calidad, pero muy en línea con los troveros de antaño y la décima. Aquí en Vera veo —sin versos— otra lápida de 1827. Tiene ya historia. No deberíamos perder tales vestigios. Echarlos a un vertedero es pisotear historia cotidiana, como si fuera polvo y barro.

IV. HUÉRCAL-OVERA

Nos recibe una portada donde anuncia que se hizo este cementerio entre 1891-1892. Encima de la portada de la iglesia, con pilastras, queda una hornacina, quizás para albergar la imagen de la advocación a quien se dedicara el cementerio. Es de agradecer el espacio de entrada, ajardinado. Un panteón de 1895 con una F, inscrita, nos indica la propiedad de Miguel Fernández. Mantiene un altar, unos atrilicos. En la calle de la derecha, existen panteones de 1895, 1906, 1916. En tierra, un espacio propiedad de las Hermanitas de los Ancianos (1925), anda desprovisto de lápidas. Se es pobre hasta en la lápida. Existen, igualmente, mausoleos con muchos nichos, y tienen entradas a dos calles, cual si fueran casas de un pueblo, con puertas y rejas de cristal. Y, por supuesto, en pueblo procesionista de Semana Santa como éste, abundan referencias icónicas al Nazareno y la Dolorosa, en negro.

No descubro excesiva poesía por acá. Advierto ésta, empero, en la familia Ortega-Miralles: *«Detrás de esta losa fría/ y en una eterna quietud/ reposan en su ataúd/ restos de la muerte impía./ Del mundo toda alegría/ aquí se convierte en llanto,/ y si fuimos tanto y cuanto/ aquí somos polvo y nada./ Lector, con seria mirada/ fíjate en esta verdad, /que a toda la humanidad/ Dios nos tiene reservada»*. Poesía de honda raíz postridentina, didáctica, y no exenta de cierta calidad literaria.

Como siempre ante la adolescencia muerta, aquí brotan las estrofas. Ginés (en 1887) muere a los 14 años. Sus padres le colocan la querencia al lado, y la ausencia, hasta de modo dramático, aun en trovo: *«Hermosa flor que naciste,/ desgraciada fue tu suerte/ al primer paso que diste/ te encontraste con la muerte»*.

V. LOS GALLARDOS

Tampoco faltan aquí enterramientos de personas nacidas en el siglo XIX. Por ejemplo, el ingeniero de minas, de procedencia extranjera Alfredo Daniel Boetze (1874-1953), o el niño Ginés (1894), muerto a los cuatro años de edad. Su hermana María muere el mismo año a los 15. O este otro texto, lapidario, a una niña (Ana María en 1915; 10 años; las típicas enfermedades de la época hacían estragos). Dice taxativamente el texto: *«10 años, 4 meses y medio»*. Puntual, apremiante, solitario, como un reloj de pared antigua.

Otras veces, unas lápidas dan motivos de sobra para recrear momentos graves como ese de los dos hermanos mentados. O contextos religiosos, como el siguiente: un señor, apellidado Gallardo, nos hace suponerlo entre los fundadores del pueblo. Su devoción por la orden franciscana se evidencia. En la vitrina de su tumba ha querido que una imagencica de San Francisco de Asís, y otra de San Antonio de Padua ocupen sitio. El se llamaba Francisco, efectivamente.

No lejos de ahí, con talante trovero —filosofando, encima— se nos avisa esto, escrito en un platito: *«Un padre Nuestro cristiano/ te pido reces por mí;/ lo que tú eres yo fui/ lo que yo soy tú serás/ y luego te alegrarás/ cuando recen por ti»*. El último verso, cojo, no rebaja un ápice la catequesis que encierra. En otra tumba un texto evangélico (Lc. 6,20) se enseñorea a todo lo habido y por haber: *«Bienaventurados los pobres porque suyo es el reino de los cielos»*. Con sólo decir eso, ya estamos ante una declaración de principios de la historia salvífica. Un cementerio es un libro abierto. Otro texto, escueto (en Pedro Mañas, 21 años): *«Eres nuestro pasado, presente y futuro, Te pensamos siempre»*.

Abundan los nichos sobremanera en Los Gallardos, por encima de toda otra clase de enterramiento. Veo seis nichos, juntados todos, esculpidos de parigual modo. La Virgen del Carmen los preside, pero aparece esta advocación aquí menos que en Garrucha, por ejemplo. Repitamos que esta forma de *hacer panteones* es innovación en el Bajo Almanzora.

Curiosamente, un cementerio pequeño como éste, proporciona inscripciones por doquier. No podía faltar, entre ellas, la famosa frase de San Agustín, que suele encontrarse en tantos cementerios españoles: *«Una lágrima se seca, una flor se marchita, una oración por su alma, llega hasta Dios»*. Precisamente ahí, se añaden versos sencillos, con ansias de trovar (malamente). Estos. *«A ti, amigo Sebas, / la vida no te podemos dar/ pero en nuestra mente/ y en*

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 6

nuestros corazones/ siempre vivo estarás». En la tumba de Manuel (38 años) de nuevo aparece la consabida brevedad: *«El tiempo pasa. Los recuerdos quedan»*. Y, como es natural, la calle central sigue siendo la más antigua. Veo enterramientos de 1892, 1909, 1918. Pero está muy renovada esa calle. Cosa rara: no diviso iglesia, ni capilla en este cementerio (o a mí se me ha pasado).

Entrada al cementerio de Turre (arriba) y panorámica interior (abajo). (Fotos Federico Moldenhauer)

VI. TURRE

La fecha que se consigna en la entrada es reciente, del tiempo de la República (1934, escrito en números romanos). La parte izquierda del camposanto se hallaba en renovación hace unos años. Fue de fosas en tierra. A la derecha, se encuentran los mejores panteones. Son de las familias Cervantes-Belastegui; Valero-Caparrós; López-Alarcón. La capilla se erigió (allí lo indica) por disposición de Bernarda Cánovas en memoria de su suegra y esposo *«para que sus restos con los de otros familiares reposen para siempre en este santo lugar»*. Lo cual indica algo que comprobamos en otros sitios: un mecenazgo, puesto que un mausoleo particular se va convirtiendo con el tiempo en la capilla general de todo el cementerio.

Por otra parte, la ubicación de la tierra, con sus fosas de otro tiempo, aparece como un bancal todavía, donde surgen los lirios silvestres, de tanta tradición en estos casos, entremezclados con flores de plástico, y tumbas ya sin nombre. Los restos de la emigración, a su vez, quedan también patentes por aquí y en otros lugares de la zona: *«A notre père. A notre grand père»* (1961). Contemplamos un librito como *regret*: *«Fauvette: si tu voles autour de cette tombe chante lui la plus belle chanson»* (y se ve a la curuja en una ficticia rama). Y, en fin, en otra tumba: *«Nunca te olvidarán tus hijos y nietos de Francia»*.

Extraña, por lo que tiene de renovada teología, cómo se coronan dos nichos con iconos del Espíritu Santo, que normalmente es el gran ausente de nuestros cementerios. No abundan, por otro lado, los retratos aquí de las personas fallecidas, frecuentes en tantos sitios del Sureste.

En Hiddy Gasser (1934-1997) se ha escrito: *«La vida es un desierto. La muerte es un jardín del desierto»*. Cerca de ahí, en una fosa solemne de la familia Serrano Caparrós leemos: *«Mamá, las*

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 7

Paseo central del cementerio de Mojácar. (Foto Federico Moldenhauer)

estrellas sólo hablan de ti» (murió a los 81 años). Dos textos finales: el primero, *«Dichosos los que oran por los difuntos. Tienen el oficio de los ángeles en el cielo»*, demuestra un sabor antiquísimo, porque en los primeros siglos del Cristianismo, hallamos, en latín, sensaciones de ese estilo; y el segundo, *«Aquí junto a mi madre y hermanos quiero encontrar la eterna paz en este pueblo que tanto amo»*, lo firma Ana. Paremos mientes hasta qué punto descanso eterno y que sea en mi tierra más propia, se coordinan. Se quiere persistir con quien se vivió, efectivamente. Nunca hay demasiada separación entre la vida y la muerte. Es una cuestión de umbral.

VII. MOJÁCAR

Quizás es el cementerio con más aire de jardín, según el estilo inglés-americano, donde domina el verde. Se nos indica allí que es de 1929, y apunto que tiene como aspecto muy señalado la existencia de una sala de autopsias (espacio ya en pleno destierro en nuestros campo santos, merced a la necesidad de otros lugares con mejores servicios forenses). En medio del jardín (todo césped a derecha e izquierda; nada de tumbas) una replaceta con altar de obra y poyetes para sentarse y oír los oficios rituales. No hay iglesia, ni capilla. No aparecen tampoco panteones solemnes ni mausoleos. Los nichos rodean el césped, cual si fuera una plaza circular. Son espacios, a buen seguro, de lo que un día fueron fosas en tierra, como acontecía antes. Queda alguna, sin embargo. Una, cuidada, con gusto (de 1948; María Sáez) nos trae esto: *«En la esperanza de su fe, tus hijos no te olvidan»*. Uno de los raros mausoleos existentes, de la familia Flores Grima, con marco y sin rejas, contiene 12 nichos. Un familiar de ellos era médico, y murió asesinado en la infausta Guerra Civil española de 1936-1939. En un nicho de al lado se ha escrito un texto bello, sapiencial: *«Acorta el término de nuestras cargas y pesares mostrándonos el camino de la sabiduría»*.

Observamos tumbas y lápidas de los años iniciales de este cementerio: de 1921, y 1925. Una tumba de 1924 mantiene una sencilla escultura. ¿La hicieron los propios familiares del difunto? La ortografía indica mayor sencillez, si cabe. Bajo otro aspecto bien distinto, la familia Alonso-Sáez ha llegado a lo más lapidario, pero también con más carga semántica. Pone: *«Padre Nuestro»* (y ni una palabra más). El ámbito socioeconómico del pueblo y su talante de extranjeros residentes desde antiguo (artistas, bohemios, *libertarios*), ha dejado también por aquí una huella clara. Leemos en un enterramiento: *«El Ayuntamiento de Mojácar a Bill Napier por su entrega y cariño al pueblo. 22-7-1983»*. La familia del finado añadió: *«Un mojaquero»*. Lo cual dice mucho del mestizaje cultural y cordial que ahí se respira. Un contemporáneo del anterior es Antonio Reyes (1994). El agradable letrero, nada funerario, pero quizás definitorio del fallecido, reza así: *«La sonrisa es el lenguaje universal de los hombres inteligentes»*. O esto otro en Theresa (sic), en 1995: *«La extranjera fantástica»*. También las poesías acuden, y hasta las canciones en inglés: Van der Bruggen, escultora y pintora (1998), y su hermano, catedrático (1999) son dos de los varios extranjeros que aquí yacen. Fue Mojácar su lugar de admisión y encantamiento. Normal que Jack (1983) guarde esto, en inglés: *«El amaba España... y el sol...»*.

VIII. GARRUCHA

Hemos dejado para el final a Garrucha, porque merece destacarse. Aterrizando en el siglo XIX (en

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 8

tal siglo se erige el pueblo en Ayuntamiento propio), observamos tumbas de 1885, y 1892, junto con la de la familia de Pedro Grima (1885), o de María de los Ríos, la de Baquerizo de Grima (1887), y otras. Un niño de la familia (Pedro) lo entiendo como uno de los más antiguos enterrados acá (1878). Se nos advierte: *«Triste recuerdo»*. Hay una cripta de una familia pudiente a juzgar por las trazas. Se halla bajo el suelo de la iglesia del cementerio, como era usual antaño. La calle central, de nuevo expone lo más antiguo: una tumba de 1870, otra de 1873, un mausoleo, propiedad de Pedro Gerez Román, construido en 1888, con un pequeño frontón decorado con calaveras esculpidas en piedra caliza, así como la portada y las pilastras. Y prosiguen más ejemplos y familias: la de Ambrosio López; Gallardo-Martínez; Montenegro; Lacal- Balshem, etc.

Digamos que el cementerio de Garrucha brilla por su limpieza y orden. El paseo que a él nos endereza supone, a la par, una buena trocha para ir meditando por las afueras del pueblo, con el mar en lontananza.

He recopilado bastantes inscripciones de Garrucha. Quizás más abundantes aquí que en muchos otros cementerios vecinos. Ignoro porqué. En recuerdo de Juan *«El Periquillo»* nos topamos con una décima, sacada del corazón y no de la retórica elemental, por los hijos, que no olvidan. Copio sólo una parte de ella: *«Papá, te fuiste un viernes de verano/ dejándonos a todos destrozados./ No tenemos ni ilusión ni alegría/ tanto que has luchado y trabajado/ para que a tu familia nada le faltara»*.

Y lo de siempre: ¿qué lleva a unas personas a escribir en poesía a sus seres queridos? ¿Qué fuerza y sentimiento quiere con esto añadírseles? Veo una nieta que ha escrito versos a su abuela. Y si cantamos la muerte de un joven como José Miguel (año 2000; tenía él 22 años) los versos se van multiplicando (usando un modo de hacer literario que vemos repetido por doquier): *«Te fuiste en domingo tarde/ para nunca regresar. /Susurrando me llamabas,/ y yo sin poderte escuchar. /El destino así lo quiso, /que se encaprichó de ti, /de tu corazón tan grande/ de tus ganas de vivir/ (...) Descansa en paz, hijo mío/ cuando pueda yo me iré/ para estrecharte en mis brazos/ y descansar yo también»*. La madre, de quien es tal poesía, no sólo ha invocado a la Resurrección y cielos juntos, sino al deseo de comunión en la vida futura. Observo que en el búcaro de flores, con un pincho se sostiene una

Detalle de un panteón en el cementerio de Garrucha. (Foto Federico Moldenhauer)

cartela con más versos, escritos en ordenador: *«Era el día más grande/ de tanta felicidad/ y aquí me tiene ahora/ sin que te pueda besar»*. En el aniversario del 2003, anoté que se habían escrito más versos. Creo que es el caso más singular que he comprobado.

En María (en 1996) leemos: *«Tal como vivió entregó su alma en santa paz con Dios y el mundo»*. A Ana Morales (2000), en lápida negra, se entrega una poesía larga. Empieza así: *«Corazón de mi vida/ mi madre adorada/ lucero de mis ojos/ claro sol de mi casa»*. Y acaba. *«Seas por siempre bendita,/ madre de alma;/ bendita eternamente/ bendita y alabada»*. Como se ve —interlinealidad al canto— los cánticos tradicionales al Santísimo Sacramento dan pie y marcan la horma de esta alabanza a la difunta. A Francisca (1986) se le dedica esto: *«Que nadie pregunte /si te lloramos/ sino con cuánto cariño te recordamos»*. Y a Carmen (de 42 años): *«Podrá la muerte cubrirte/ con su fúnebre crespón,/ pero jamás en mi/ podrá apagarse/ la llama de tu amor»*.

Existen dos dedicatorias en sendas tumbas, dignas de mención por sus personajes. En una se dice: *«Al gran escritor, periodista y poeta de Almería y de allende los mares, Xisto Espinosa*

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 9

Orozco. En Garrucha como deseabas, permaneces y en nosotros SIEMPRE». En la otra se nos consigna que existe un monumento pagado por el pueblo de Garrucha, por suscripción popular: *«A la memoria de Don Joaquín Escobar, ayudante de Marina, fundador del Pósito de Pescadores. 30 julio 1925»*.

Entiendo que el cementerio es historia de un pueblo, como alabanza, según vemos en muchos de los citados. Se cumple así una de las formas de la retórica sermonaria. El sermón funerario es para loar las virtudes, no para sacar a relucir los vicios. Alabanza que se une con el dolor. Pienso en la familia Juaristi, y en su tragedia en flor (1903-1904) con hijos muertos en edad niña y adolescente: a los ocho años, y a los 16. O todavía esto, además: *«La niña Pilar Juaristi Municha nació y murió el día 15-9-1903»*.

Y en fin, anoto cómo se adora de amor a una tal Rosa, que no es precisamente una niña: *«Rosa del mar, madre»*. La lápida lleva un dibujo de la Virgen del Carmen, de Felix Clemente. No se puede decir ni pintar más.

CONCLUSIÓN

Llegados al final, yo resumiría así:

a) Casi ninguno de estos versos pasará a una antología de poesía al uso. Su calidad literaria es deficiente, en verdad. Pero advienen como sociología de la poesía, como necesidad de decir algo breve, pero con sentido. Una necesidad vital, que sale a relucir pobre y sencilla, cuando más nos afecta, es decir: o bien cuando nos enamoramos (y lo decimos con poesía y canción), o bien cuando se va alguien querido.

b) Un cementerio no se entiende con la lógica y el cientismo que ha imperado e impera tanto. Hay huesos, polvo y silencio en las tumbas, en efecto, pero serán *polvo enamorado*.

c) Lo *irracional* cuenta aquí y aparece por todas partes. La vivencia de la fe en la Resurrección no puede reducirse a ciencia. Ésta ni siquiera sabe de eso, pero lápida, cirio, vela, lamparilla antigua, flores dan fe durante siglos de que ahí en la fosa hay más que despojos y muerte. Dan fe de una supervivencia, aunque no sepamos ni de qué modo. La verdad es que de lo que más nos interesa siempre sabemos poco, efectivamente. En cambio, las culturas milenarias saben de muerte y supervivencia. Por algo será.

d) La antropología tiene aquí una fuente de primera mano. Y la etnografía, y las mentalidades, y la sociología, y el arte.

e) Y, en fin, la historia de la vida cotidiana, a saber: la que sale poco en grandes libros de historia de batallas y reyes. El Bajo Almanzora nos ha servido de guía.

Diputación de Almería — Biblioteca. Poesía, epitafios y religión en los cementerios del Bajo Almanzora., p. 10